



En memoria del Ingeniero Carlos Ayala

(29 de enero de 1951 - 14 de septiembre de 2007)

El 18 de septiembre de 2007 me tocó la triste tarea de tener que darle la última despedida a un compañero.

Y no fue fácil encontrar palabras si ese compañero era el Charly.

No quisiera hacer una apología vacía de contenido real, y voy a tratar de resumir los aspectos que creo que todos vamos a recordar.

Charly era una persona transparente, y con él no cabían las segundas intenciones. Cuando algo no le gustaba, lo expresaba con bronca, y era capaz de defender su postura frente a cualquiera.

Hablando sobre él en esos días, el adjetivo “solidario” surgió más de una vez entre sus compañeros, y es que Charly no dudaba cuando tenía que dar una mano.

Tengo la sensación de que se compró una camioneta casi exclusivamente para poder ayudar, ya sea para llevarles ropa a las Damas de Rosa del Hospital, para colaborar con la Aldea Infantil, para llevar materiales a escuelas del Alto, o para hacer un viaje para el que se le cruzara en el camino.

Era Técnico en Automotores e Ingeniero Aeronáutico de la Universidad de La Plata, y desde 1984 participó activamente en los proyectos del Grupo Metalurgia del Centro Atómico, especializándose en fundición, convirtiéndose en un experto en el método de cera perdida, que no vamos a poder reemplazar, trabajando en el desarrollo de aleaciones para implantes quirúrgicos, operando el horno de inducción como nosotros la PC, y sin dejar su vocación por las turbinas eólicas o hidráulicas, vinculadas con su formación académica.

Pero no quiero reproducir un frío currículum, sino destacar lo que más valoro, que era su inquebrantable espíritu de trabajo, sin miedo a ensuciarse las manos, o a estar permanentemente salpicado por los barros cerámicos que él se empeñaba en desarrollar y mejorar.

Como si fuera poco, todo ese trabajo casi silencioso, que llevaba adelante porfiadamente, comprando muchas veces los insumos con su propio dinero, no se lo guardaba para él, sino que lo volcaba con gran vocación docente a los chicos del Colegio Industrial, que apreciaban que les enseñara alguien que sabía cómo hacer las cosas, pero por haberlas hecho antes con sus manos, y no por haberlo leído en un libro.

Tal vez le costaba escribir un *paper* elegante, pero si se trataba de engrasarse las manos, no se echaba atrás. Ojala tuviéramos varios Charlies en nuestro lugar de trabajo.

Charly ya estaba trabajando en nuestro Grupo cuando llegué al Centro Atómico Bariloche, hace ya 23 años, aprendí muchas cosas de él, y todavía nos cuesta acostumbrarnos a su ausencia.

Hugo Corso
Grupo Metalurgia
Centro Atómico Bariloche Comisión Nacional de Energía Atómica